

De trans-tornados y de-generados



NATALIA MIRZA LABRAGA¹

Si durante todo un lapso uno ha vivido dentro de una cultura determinada y por eso se empeñó a menudo en explorar sus orígenes y su ruta de desarrollo, en algún momento lo tentará dirigir la mirada en la otra dirección y preguntarse por el destino lejano que aguarda a esa cultura y las mudanzas que está llamada a transitar.

Sigmund Freud, *El porvenir de una ilusión*, 1927

Las transformaciones sociales y los cambios de la subjetividad a veces se dan en forma pausada y progresiva, y otras se instalan con el vértigo de una revolución. Así se empiezan a visibilizar y empezamos a escuchar como psicoanalistas ciertas situaciones que antes nos parecían propias de la excepcionalidad: de los trastornos, las degeneraciones, las ficciones literarias o cinematográficas.

ALGUNAS FICCIONES REALES

Daniel era una chica² que siempre había querido ser varón y que pasó por una depresión muy severa en la adolescencia. No quería salir ni estudiar, se aisló de sus amigos y llegó a intentar contra su vida en un par de oportunidades. En determinado momento, pudo apropiarse de su intención de cambiar de género y hacer que en su medio aceptaran eso como posible. Empezó con testosterona y los cambios se sucedieron vertiginosamente.

1 Miembro Asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU) nmirzal@gmail.com

2 Utilizo en este desarrollo los términos *hombre, mujer, chica, varón* en forma descriptiva y coloquial, sin adentrarme, salvo cuando lo específico, en la complejidad que implican.

Hoy en día se está preparando para una mastectomía y según sus familiares es feliz, «explotó», retomó sus estudios y está en plena expansión, con realizaciones y logros destacables.

María, consultante en un servicio público de salud que atiende específicamente a la población trans, cuando se le pregunta por su deseo de ser mujer, reacciona con violencia, golpea la mesa y grita: «¡¡Pero yo *no* quiero ser una mujer!! ¡¡Yo *quiero ser trans!!*».

Patricio nació mujer, pero se sacó los pechos, y como usa testosterona, tiene barba y pelo en todo el cuerpo. Se identifica ahora como un hombre y le gustan las mujeres, aunque se llama a sí mismo «torta» en su descripción de Instagram.

La multidimensionalidad de cada una de estas situaciones va más allá de lo que podemos pensar y entender con facilidad. Necesitamos volver y analizar cada una mientras, irremediablemente, nos volvemos a confundir en lugares, atribuciones, denominaciones.

¿Por qué Patricio necesita llamarse *torta* si supuestamente ahora es un hombre al que le atraen las mujeres, con lo cual responde al modelo clásico de la heterosexualidad? ¿Será para no terminar de ser absorbido por él? ¿Será para retener algo de su tiempo de mujer a la que le gustaban las mujeres? ¿Será para reivindicar la condición de *outsider*, de disidente, preservando la fuerza del insulto y apropiándose de él como motor de lucha, del mismo modo en que lo hizo el movimiento *queer*³ con ese término?

¿Por qué Daniel «explotó» y alcanzó ese nivel de realizaciones y felicidad a partir del momento en el que pudo empezar a vivir y a actuar como varón? ¿Qué puertas, colectivos, grupos de pertenencia se le abrieron a partir de encontrar un lugar alternativo para él en el mundo? ¿Qué hacemos desde su ejemplo –y los muchos similares que mencionan los médicos responsables de los servicios de salud que trabajan con esta población– con nuestros preconceptos y certezas acerca de que cambiar de género enloquece y que operarse suele terminar en depresión y suicidio?

3 El activismo *queer* toma el insulto, que en español equivaldría a *maricón*, como nombre para una pertenencia. La *queer theory* –así denominada por Teresa de Lauretis en 1990– es un movimiento que surge y se aparta del feminismo, y cuyos principales exponentes son también Judith Butler, Eve Kosofsky y Paul B. Preciado, entre otros.

¿Qué es lo que quiere y lo que no quiere María? ¿Se resiste a las categorías binarias del género como tales? ¿Será unx de generadx que impugna, además del género, el encasillamiento en categorías en relación con los objetos y las prácticas sexuales (heterosexual, homosexual, bisexual)? Porque María no quiere ser ni hombre ni mujer, quiere ser trans. ¿Y qué es ser trans?

Si trans es un movimiento que va de «hombre» a «mujer», o de «mujer» a «hombre» (*M2F male to female*, *F2M female to male*), ¿por qué retener el «trans», tal como lo hacen gran parte de las personas en esta situación, y no enfatizar el punto de llegada? ¿Ser trans es fijarse a la movilidad, al tránsito, a la transición? Me pregunto si se trata de un lugar imposible o de todos los lugares posibles. ¿Cuándo un trans dejaría de ser trans? ¿Al cumplirse con el proceso de hormonización? ¿Al operarse? ¿Desde el primer momento? ¿Nunca? ¿Se trata de una validación simbólica que surge a partir de un acto legal? ¿De una intervención médica? O, más bien, podríamos pensar que estamos hablando de un acto performativo de apropiación de un nuevo modo de ser y estar en el mundo, que no necesariamente tiene que ver con el deseo sexual ni con las prácticas sexuales. De una dimensión más ontológica⁴ que erótica.

UN AIRE TRANS EN LA ÉPOCA - *L' AIR DU TEMPS*

Siguiendo con la línea de interrogantes que me fui haciendo, me detengo ahora para pensar también qué es lo que genera, parafraseando los planteos foucaultianos, esta actual casi compulsión e incitación a hablar de transexualidad. Esta fascinación con una figura del «trans» que atrae y seduce, a la vez que espeluzna y repugna. Un tema que se multiplica exponencialmente en los medios de comunicación, en las redes sociales, en el cine, el teatro, las series, las artes plásticas, pero también en la política y los sistemas legales, así como en las reflexiones teóricas acerca de la subjetividad, la sociedad y la cultura. Proliferación de personajes y situaciones reales o de ficción que desafían las viejas categorías de la diferencia sexual con las que estábamos acostumbrados a pensarnos y la necesidad acuciante de hacer algo con eso.

4 Por cierto que no en el sentido de una supuesta esencia o fijeza, sino de existencia.

Empiezo entonces –desde la más estricta e incompleta definición de manual y clasificación biomédica– por decir que el transexualismo se define como la convicción, de un sujeto biológicamente «normal», de pertenecer al otro sexo, acompañada o no de una demanda de tratamientos médicos o intervenciones quirúrgicas.

Necesito hacer la precisión de que no podríamos hablar de *un* trans en singular, sino de una multiplicidad de posicionamientos trans, con complejidades y diferencias irreductibles a la conformación de un conjunto homogéneo. Para ser más justos, en realidad, correspondería decir que tampoco hay un hombre o una mujer, un homosexual, ni un heterosexual, y que, de hecho, estamos ante categorías construidas e históricas, no ontológicas ni provenientes de una supuesta esencia, que además no existen desde siempre y que seguramente tienen el mismo carácter ilusorio y contingente que las de la nosografía⁵.

De todos modos, como necesitamos de construcciones para pensar, sigo por descripciones un tanto más extensas, aunque no menos incompletas. Desde esa perspectiva, entonces, podríamos distinguir, por ejemplo, entre aquellos individuos trans que parten de cuerpos «biológicos femeninos» y aquellos que lo hacen desde cuerpos «biológicos masculinos», cuyos periplos corporales y emocionales son de por sí extremadamente distintos⁶. También, a nivel de la injerencia médica, podríamos diferenciar una gradación que va desde los que quieren recibir tratamientos hormonales y someterse a operaciones múltiples (que no son solamente las del aparato genital, sino también mastectomías o implantes mamarios, vaginoplastias e histerectomías, entre otras), pasando por los que solo están dispuestos a hacerse algún tipo de operación menor o a tratarse únicamente con hormonas, para llegar finalmente a los que no quieren recibir ningún tratamiento médico en su cuerpo. Podríamos distinguir, asimismo, entre los que buscan incluirse en una dimensión de género masculina o femenina, y aquellos que prefieren sostener el género fluido, en un posicionamiento *queer* que apunta a la no definición por uno u otro. O entre aquellos que hacen de su periplo

5 Es muy interesante al respecto el texto *La invención de la cultura heterosexual*, de Louis-Georges Tin (2012).

6 Y que merecerían un desarrollo específico en trabajos posteriores.

una lucha y se insertan en colectivos activistas, y los que prefieren pasar desapercibidos. Y ni que hablar que estarían faltando aquí otras múltiples posibilidades, así como la combinación entre ellas.

En cuanto al momento histórico en el que se origina, si bien no es mi intención en este momento hacer un rastreo genealógico, creo que se podría señalar que, aunque el anhelo de transformación de género pueda datar de hace muchísimo tiempo, es a partir de la posibilidad real de injerencia médica sobre los cuerpos en forma de tratamientos hormonales y cirugías varias -incluyendo la de los órganos genitales en concreto, que es relativamente reciente⁷-, que algo cambia y se instaura en forma diferente. El avance científico, que también es causa y efecto de leyes de mercado, marca este viraje, instituye y valida el deseo al incluirlo dentro del campo de lo posible. Tal como señala Lacan, es la respuesta del Otro la que termina de constituir esa demanda, y cada avance de la ciencia reinstala un nuevo orden en torno a la diferencia sexual. De este modo, la alternativa trans se instala hoy en día en el campo de lo posible, en el campo del Otro. Esa articulación permite que, en lo singular, se pueda llevar adelante lo que en otros momentos históricos únicamente podía derivar en travestismo o en prácticas sexuales homosexuales.

A su vez, el sistema capitalista global se apropia de este nuevo y conveniente producto de mercado, fagocitando incluso lo que podría haber surgido como reacción contra él y multiplicando en cifras millonarias los ingresos provenientes de cirugías, prótesis y tratamientos médicos de todo tipo.

Se podrá decir que desde tiempos inmemoriales el ser humano jugó con su semblante o fantaseó con la posibilidad de combinar partes del cuerpo de hombre con los de mujer. Basta recordar la movilidad entre hombre y mujer de los dioses griegos o el mito del andrógino que relata Aristófanes en *El banquete de Platón*:

7 La primera operación de la que se tienen datos tuvo lugar en 1930, cuando el pintor danés Einar Mogens Wegener le pidió al doctor Magnus Hirschfeld que lo transformara en mujer. Wegener falleció poco después debido a las secuelas de la operación. La primera tentativa exitosa que se dio a conocer al público, con repercusiones mundiales, se le practicó en Copenhague, en 1952 a un exsoldado del ejército estadounidense, George Jorgensen. El psiquiatra estadounidense Robert Stoller fue el primero que describió la transexualidad como una *condición diferenciada* (transexualidad, 10 de mayo de 2021).

En primer lugar, eran tres los sexos de las personas, no dos, como ahora, masculino y femenino, sino que había además un tercero que participaba de estos dos, cuyo nombre sobrevive todavía, aunque el mismo ha desaparecido: el andrógino.

Es indudable también que, desde que la vestimenta se hizo eco de la diferencia sexual, el uso de las prendas femeninas por parte de los hombres es bastante conocido, así como abundan los casos, y muchos son célebres (Juana de Arco y Georges Sand, solo por mencionar algunos), de mujeres luciendo y actuando como hombres.

Sin embargo, insisto en que estos lugares imaginarios o de puesta en escena, a veces explícitamente planteados como performáticos (tal como en el caso de las *drag queen* o los *drag king*) y otras en los que la presentación es andrógina y el género indiscernible, adquieren un viso muy diferente cuando la transformación de los cuerpos proviene de la injerencia de la ciencia médica y los recursos protésicos, con resultados ya no provisionales, sino definitivos e irreversibles. Y no cabe duda de que por lo menos su inclusión dentro de los sistemas de salud y su accesibilidad (lo cual incluye también redes clandestinas de tratamientos médicos, productos químicos y prótesis) se empiezan a generalizar a partir del siglo XXI.

Como fenómeno relativamente nuevo, entonces, la cuestión trans es de alto impacto. Se instala golpeando no solo nuestras formas de concebir la sexualidad, sino también nuestros preconceptos y categorías de lo humano en general. Basta citar a Freud en su texto *Teorías sexuales infantiles* (1908/s. f.) para constatar hasta qué punto la diferencia sexual binaria funcionaba como uno de los ordenadores del mundo:

Si pudiéramos observar con mirada nueva y exenta de todo prejuicio las cosas terrenas, lo que más nos extrañaría sería la existencia de dos sexos que, siendo tan semejantes, evidencian, no obstante, su diversidad con signos manifiestos. (p. 3)⁸

¿Cómo tendríamos que pensar esto ahora?

8 Ejemplo también retomado y trabajado por Jean Laplanche en «El género, el sexo, lo sexual» (2003/2006), texto pionero respecto de estos desarrollos en psicoanálisis.

Hoy en día los analistas nos sentimos muy orgullosos de cómo pudimos irnos corriendo de aquel tiempo en el que se procedió a la estigmatización y patologización de los homosexuales⁹. Sin embargo, esa amplitud y tolerancia no es tal cuando se trata de hablar de la «cuestión trans» porque, por supuesto, «eso es otra cosa», y las miradas y los discursos censuradores no demoran en hacerse oír.

Me pregunto, entonces, en relación con estas reacciones de rechazo, si los que hoy llamamos *trans* no son los nuevos *homosexuales*. Es decir, si no llegará también el momento en el que tengamos que avergonzarnos –tal como señala Jean Allouch (1999)- de haber quedado atrasando tanto en nuestras ideas acerca de la sexualidad y adelantando tanto en nuestros afanes patologizadores. Poder interrogarnos sobre este punto en profundidad se vuelve menos difícil si vemos la relativa naturalidad con la que nuestros jóvenes han integrado la diversidad sexual y la creciente presencia y aceptación de chicos que se autodefinen como trans en sus colectivos, en los centros de enseñanza, en los medios, en cine, series, teatro, en el arte. ¿Qué les podremos cuestionar a ellos? ¿Que están desproblematizando una cuestión compleja? ¿Qué no deberían tomarse tan a la ligera el hecho de tener un amigo trans porque no están considerando el monto de angustia que hay en juego? ¿Que la heterodisidencia es una moda y que es pasajera? ¿Que están comprando un producto más –y, por cierto, indudablemente rentable- del mercado neoliberal sexual global? ¿Les tendríamos que pedir a nuestros jóvenes que fueran más prudentes, que aceptaran menos y discriminaran más?

Por supuesto que estaríamos de acuerdo en que no les cabe a ellos problematizar y pensar críticamente la cuestión, sino a nosotros cuando estamos en función de analistas, y no sin el resto de los pensadores de la subjetividad, no sin la ciencia misma y otras áreas del conocimiento. Sin perder la especificidad de nuestra escucha, que concierne al sujeto dividido y a los territorios del fantasma, debemos de todos modos reconocer que el psicoanálisis solo no alcanza, y que insiste la pregunta: ¿Puede haber lugar

9 Sin olvidar que esta realidad es más bien la del mundo occidental y que «hoy sigue siendo ilegal en setenta y cuatro países, y causa de pena de muerte en trece [...] así como motivo habitual de violencia familiar, social y policial en la mayoría de las democracias occidentales» (Preciado, 2019, p. 21).

para un intento de pensar en profundidad, en términos metapsicológicos o de funcionamiento psíquico, estas situaciones complejas, sin caer en categorías psicopatologizadoras y sin perderse en abstracciones modélicas universales, por momentos cargadas de juicio de valor, que no parecen dar cuenta del fenómeno en sí, de su novedad y del impacto en nuestra cotidianidad y perspectiva de lo humano en general?

Frente a lo intranquilizador de estas presentaciones, es frecuente escuchar apelar al peso de la biología, como si ella alcanzara para demarcar lo que es «normal» de lo que no lo es. Sin embargo, hemos sabido desde siempre como especie burlar algunos de los límites que parecían ser propios de nuestra condición biológica humana. Que la anatomía no marca un destino ni para la sexualidad ni para la sexuación es actualmente del orden de la experiencia, además del de la conceptualización. En este sentido, más allá de estas situaciones concretas «trans», podríamos señalar lo que Silvia Bleichmar (2006) describe en relación con las llamadas prácticas *berdaches* en comunidades indígenas norteamericanas del siglo XVIII, que suponen la adopción de modos de género masculino por parte de algunas de las mujeres y femenino por parte de algunos de los hombres, sin que ello redunde necesariamente en una determinada práctica sexual (pp. 120-121), así como los desarrollos de Foucault (1980/2001) acerca de la situación original librada a la ambigüedad anatómica, como en el hermafroditismo (hoy intersexualidad) de Herculine, trabajado por él «en su intento por hacer estallar la noción de *verdadero sexo*» (pp. 934-942).

Asimismo, remitiéndonos a los avances médico-científicos, podríamos estar de acuerdo en cómo, hace relativamente poco tiempo, el trasplante de órganos, la clonación, la fecundación *in vitro*, la impresión de tejidos, huesos y otras partes del cuerpo con tecnología 3D, los procedimientos con células madre¹⁰ parecían propios de ciencia ficción o de literatura gótica. Hoy en día, todos conocemos algún caso próximo de alguien que lleve marcapaso, prótesis de titanio en la cadera o haya sido trasplantado, y a nadie se le ocurre pensar que se está frente a un monstruo o un *ciborg*¹¹.

10 Y sabemos que la lista podría continuar largamente.

11 O, en todo caso, todos lo somos en cierta medida, como plantea la antropóloga Donna Haraway (1991).

Desafiantes de un orden natural permanentemente interpelado, somos seres de lenguaje, «naturalmente culturales», que han podido derribar múltiples barreras supuestamente inamovibles, tanto para bien como para mal. ¿No tendríamos que poder mirar entonces también por fuera de las constricciones habituales con las que funcionamos para pensar los efectos y las novedades a nivel de lo que está sucediendo en las subjetividades de nuestro tiempo?

Volviendo y jugando con el texto citado, hoy podríamos intervenirlo y trans-formarlo, así como se intervienen y devienen trans los cuerpos, para hacerle decir a un Freud contemporáneo, tan visionario como el de aquel tiempo: si pudiéramos observar con mirada nueva y exenta de todo prejuicio las cosas terrenas, lo que más nos extrañaría sería la *afirmación de la existencia de dos sexos, evidenciándose, no obstante tanta diversidad.*

Es desde esa complejidad que quisiera ubicarme para pensar estos desarrollos. Desde lo que no tiene palabra y donde se necesita improvisar un posible relato, siempre en borrador, siempre provisional. Desde la opacidad que, como señalaba Lacan, evoca la sexualidad en general y la temática trans en particular.

¿ES POSIBLE UNA ELECCIÓN? ¿QUÉ SE ELIGE? ¿QUIÉN ELIGE?

Desde el psicoanálisis podríamos estar de acuerdo en que si hay una «elección» sexual posible, no se trata de una elección únicamente consciente. Si es que Freud, o determinado sesgo de su obra, atribuyó para la diferencia sexual la supremacía de la anatomía, ello también pudo ser pensado por el mismo Freud desde la fuerza de la pulsión y su puesta en marcha a partir de la marca del otro y su deseo inconsciente. En ese sentido, algunos de sus planteos, como la universalidad del falo o la constitución bisexual y sus consecuencias, siguen teniendo un carácter inaugural indiscutible a la hora de señalar la complejidad y opacidad de este tema.

Esta injerencia de la bisexualidad es lo que vuelve tan difícil penetrar con la mirada las constelaciones (proporciones) de las elecciones de objeto e identificaciones primitivas, y todavía más difícil describirlas en una sinopsis (Freud, 1923/1992b, p. 35).

Tampoco olvidamos que Lacan (1964/1999), partiendo de los propios postulados freudianos que ya lo habían afirmado así, insistió en que no

hay masculino y femenino a nivel del inconsciente, «en el psiquismo no hay nada que permita al sujeto situarse como ser macho o ser hembra» (p. 212), sino que no hay más consistencia que la de los significantes.

Podríamos estar de acuerdo, asimismo, en que *género* es un concepto extranjero al psicoanálisis, aunque se ha quedado a vivir desde hace bastante tiempo en nuestra casa. Desde Money y Stoller en adelante, parece remitir a aspectos identitarios construidos social, política y culturalmente, por los que una persona se define como hombre o como mujer. Formulaciones conscientes que funcionan desde instancias yoicas, con todo lo que a su vez estas implican de atravesamiento por el desconocimiento y el engaño.

El concepto de género queda bastante lejos de lo que los psicoanalistas conocemos como sexualidad, en el sentido de pulsionalidad parcial, infantil, reprimida, inconsciente y enigmática; perverso polimorfa, según los propios planteos freudianos. Diríamos, también, que no obedece estrictamente a aquello que teorizamos como sexo o diferencia sexual, a partir de la experiencia de la castración y las vías de la identificación, aunque las mismas están puestas en juego y en jaque cuando pensamos en personas transgénero.

Podríamos intentar sintetizar estas nociones retomando la diferenciación establecida por Jean Laplanche (2003):

El género es plural. Suele ser doble, masculino-femenino, pero no lo es por naturaleza. A menudo es plural, como en la historia de las lenguas y en la evolución social.

El sexo es dual. Tanto por la reproducción sexuada como por su simbolización humana, que fija esa dualidad de manera estereotipada en: presencia/ausencia, fálico/castrado.

Lo sexual es múltiple, polimorfo. Descubrimiento fundamental de Freud, encuentra su fundamento en la represión, el inconsciente, el fantasma. (p. 1)

Un giro distinto supondrá lo que Lacan define como *sexuación*, posicionamiento que involucra la «captura del cuerpo del ser hablante por ese inconsciente» (Campalans, 2019, p. 55), «efecto subjetivo de la operación

de una diferencia que es constituyente y que producirá posiciones que hacen o determinan el deseo y el goce» (p. 55).

¿Tendríamos que pensar, entonces, que la transformación a nivel del género atañe solamente a un nivel imaginario, más construido y cultural que preasignado y entroncado en aspectos inconscientes? ¿O que habría una transexualidad que podría tener más que ver con lo que sucede a nivel de los actos performativos con los que se actúa un género, distinta de otra que, con la recurrencia a diversos tratamientos médicos y quirúrgicos irreversibles, busca anular las diferencias y, por tanto, renegar de la castración?

El tema de la diferencia y la castración tiene un largo recorrido en psicoanálisis, el cual sostiene su vigencia e importancia a la hora de intentar reflexionar sobre estas situaciones. En forma muy sintética, podríamos decir que, partiendo de los desarrollos freudianos en torno a la castración, Jean Laplanche destaca una oposición significativa entre lo diverso y lo diferente. El psicoanalista Daniel Gil, en «El elogio de la diferencia» (2012) retoma y amplía estos puntos, dando cuenta de la intercambiabilidad metonímica de lo diverso (en que el pecho sería sustituido por el pene, el dedo, las heces, entre otros), en contraposición a la lógica fálica, del terreno metafórico, en la que la oposición presencia/ausencia se anuda a la dimensión fálico/castrado, la cual a su vez hace marca en la diferencia de generaciones y de sexos (pp. 40-41, 43). Siguiendo con nuestro sin duda demasiado breve recorrido, Silvia Bleichmar (2006), retomando los planteos lacanianos acerca de la castración simbólica -ya no como peripecia individual, sino como reconocimiento de la incompletud ontológica-, se permitía pensar de un modo distinto -y al que me encuentro más próxima- estos puntos, poniendo en cuestión la correlación directa entre asunción de la castración y diferencia sexual:

El hacer girar toda la estructuración psíquica alrededor del eje de la asunción de la castración concebida en el marco de la diferencia anatómica de los sexos ha empobrecido el concepto de alteridad en razón de que todo el reconocimiento de la diferencia quedó abrochado a esta última. [...] La estigmatización de la homosexualidad es el derivado directo de una teorización que considera que lo diferente es diferencia de sexos y no modos más generales de determinación de la elección amorosa. (pp. 253-254)

Por otra parte, a su vez, si se le hace lugar conceptual a la falta en ser y a la no relación sexual lacaniana, por la cual no hay ni garante, ni complementariedad, ni relación con el otro, sino con el fantasma, tampoco tendría sentido hacer girar la cuestión en torno a la castración como organizador, la universalidad del falo como fantasía o la diferencia sexual como falta.

En estas mismas líneas me pregunto si lo que sucede en la cuestión trans supone una no aceptación de los límites, la castración y la finitud, con los consecuentes mecanismos de desmentida o forclusión en juego y, por tanto, la remisión a patologías tales como la perversión o la psicosis, o si se trata, por el contrario, de poder pensar la propia castración a otro nivel. Como, por ejemplo, en las repetidas y hasta violentas confrontaciones con la diferencia y la alteridad que supone siempre el encuentro/desencuentro con el otro/Otro, en ese enigma que constituye desde el punto de partida su presencia y su cuerpo, «en su dimensión de opacidad inquietante, en su angustiante ajenidad» (Bleichmar, 2006, p. 243). Como también, por ejemplo, en la angustia cuando el dolor físico es continuo y hace de tope a la fantasía omnipotente, así como en cada imposibilidad y fracaso de proyectos personales y aspiraciones o en la amenaza y la inminencia de la muerte cuando los actos sobre el cuerpo acarrear complicaciones... Porque el dolor de ciertas experiencias vuelve a demostrarnos que no hay transformación sin pérdida y sin resto, pero que quizás es allí, en esa forma de hacer o no algo con ello, donde podría residir la diferencia.

Vuelve la pregunta: ¿Qué supondría entonces cambiar de género, de sexo? ¿Qué cambia? ¿Qué permanece?

Partimos de que la forma más simple, la de esa marca/rasgo del otro (que siempre es también Otro), es origen de los significantes inconscientes en el cuerpo, inscribiendo un evento de goce. Evento, experiencia de goce que se produce accidentalmente en la historia del sujeto y que, como señala Colette Soler (14 de abril de 2018), supone el encuentro con una respuesta del cuerpo que no se puede repetir deliberadamente, que no se puede inventar o anular. ¿Qué se intenta modificar entonces? ¿Cambiar de género implicaría renunciar a las marcas erógenas del otro o, por el contrario, aceptarlas y entrar en sintonía con ellas?

De acuerdo con los planteos de Lacan, Freud pone en marcha una primera subversión sexual que hace de la sexualidad un significante único que se inscribe así tanto para el hombre como para la mujer y que es el falo: «para ambos sexos, [...] no hay un primado genital, sino un primado del falo» (Freud, 1923/1992b, p. 146). El falo, entonces, en un *a priori*, antes de toda opción subjetiva, ya ha pasado al significante, haciendo sujeto y haciendo hombre o mujer para el hijo en el ‘decir’ de sus padres. Se trata de una pre atribución sexual, casi un pre sexo, antes de toda elección subjetiva del pequeño y antes de toda actividad sexual, frente a la cual el sujeto no puede más que reaccionar (Soler, 14 de abril de 2018).

Sin embargo, y esto es lo que nos interesa particularmente, Lacan (1974/s. f.) más tardíamente en su obra postula una segunda subversión sexual, por la que afirma que «el ser sexuado no se autoriza más que por sí mismo» (párr. 5). Ello alude, como en el caso de la transexualidad, a que podrían no autorizarse en su goce sexual por el decir del otro *a priori*, tampoco por el imaginario de la anatomía, sino que se pueden sublevar contra esas preatribuciones sexuales. Y, más aun, que no se sublevan solos, sino que «en su mayoría la sociedad lo acepta, incluso al punto de cambiar las leyes» (Soler, 14 de abril de 2018). Evidentemente, es una sublevación que, al involucrar al significante, pasa también por efectos de lenguaje, pero no solamente, porque no se trata aquí únicamente de una cuestión discursiva, sino que no es sin el cuerpo.

Paul B. Preciado (2011) -quien, a su vez, retoma a Butler (2001) para discutir con ella este punto del lugar del cuerpo- señala:

La identidad sexual no es la expresión instintiva de la verdad prediscursiva de la carne, sino un efecto de reinscripción de las prácticas de género en el cuerpo. [...] La plataforma de repetición y reiteración es, paradójicamente y al mismo tiempo, el lugar de formación compulsiva del sujeto heterosexual y el espacio donde tiene lugar toda subversión posible. [...] El género es ante todo protésico, no se da sino en la materialidad de los cuerpos. Es puramente construido y al mismo tiempo enteramente orgánico. (p. 21)

Los debates enfrentan posiciones supuestamente dilemáticas que otros autores, como Teresa De Lauretis (2011), ponen en tensión:

Parece, entonces, que la opinión que correlaciona punto por punto una concepción esencialista (freudiana) y una concepción constructivista (foucaultiana) de la sexualidad está fundada sobre un doble malentendido. Por un lado, la «sexualidad» según Foucault no es algo que los individuos puedan rearticular, reapropiándose o subvirtiéndola, ya sea por medio de la cirugía o de la performance. Por otro lado, lo que puede ser innato para Freud no es la sexualidad, como pretenden los constructivistas, sino la pulsión -e incluso ella misma puede ser puesta nuevamente en cuestión, y lo ha sido. (p. 364)

¿Cuál es la sublevación posible, entonces? Entre el género biológico y aquel puramente construido desde lo cultural, entre una sexuación que se autoriza por sí misma y aquellas marcas inaccesibles, preasignadas, inscriptas como marcas significantes inconscientes en las experiencias de goce con el otro... Algunas de las derivas abiertas y sin resolución. Interrumpo y me desmarco deliberadamente desde estas líneas en borrador para evitar la tentación de la explicación (fallida, por cierto) y recuperar el impacto.

EN INTERLOCUCIÓN CON EL PROPIO PSICOANÁLISIS:
¿NADA NUEVO ACERCA DE LA NOVEDAD?

Antiguo punto conocido que retorna: ¿nuevas subjetividades o diferentes presentaciones de lo igual?, ¿neosexualidades o distintos ropajes para los mismos dilemas? Sabemos que, como psicoanalistas, frecuentemente nos ubicamos en una perspectiva que prioriza más las continuidades que las disrupciones en la lectura de las novedades. Me permito este diálogo imaginario con interlocutores reales pero impersonales para retomar intercambios y discusiones respecto de este tema.

Para empezar, se solía establecer para la transexualidad una línea psicopatológica o estructural común con la psicosis y la perversión por un lado, y con la histeria por otro, sin reconocer ninguna especificidad que fuera más allá de los aspectos fenomenológicos o de presentación. En este

sentido, entiendo que los posicionamientos trans parecen recusar tanto las marcas del real anatómico como las del inconsciente y el significante, lo cual podríamos adscribir rápidamente a lo desamarrado de la psicosis o la desmentida perversa, pero me permito sostener el interrogante en relación con cómo ello tiene lugar en cada situación, en cada persona que decide habitar el mundo como otro, porque creo que allí, tal como mencionaba en el apartado anterior, el espectro que se abre es múltiple y complejo, y no reductible a esos funcionamientos. A su vez, tampoco puedo pensarlo en continuidad con la histeria, aunque las preguntas por la identidad sexual puedan insistir en un nudo enigmático común porque no genera las mismas repercusiones en la subjetividad un contexto en el que la modificación de los cuerpos es una realidad, y no solo una construcción fantasmática, y en el que la represión de la sexualidad se conjuga con el imperativo al goce y la represión del malestar. Evidentemente estas son perspectivas en las que no hay lugar para la generalización y que se dirimen en lo singular de cada articulación fantasmática y cada experiencia de análisis.

Otras formas de acentuar la continuidad es la de algunos autores que si bien constatan el surgimiento de estas situaciones, las adscriben a una nueva militancia sociopolítica de la sexualidad en redes, movimientos y organizaciones, cuestionando que ello tenga un alcance que vaya más allá de lo social, con lo cual las apartan del registro personal e íntimo de la escena analítica, en la que supuestamente no tendría injerencia como novedad.

Discrepo con esa lectura, puesto que los cambios culturales, sociales, políticos y legales a los que asistimos no son externos a los sujetos sobre los que impactan, sino que, por el contrario, los constituyen. Dan contorno y sustancia a ese Otro que permea el encuentro con las marcas del otro y que, en intrincación con el real de la pulsión parcial, modeliza y habilita las propias subversiones subjetivas. Un ejemplo significativo es el cambio de nombre legal, legitimación que anuda las marcas imaginarias y reales con un simbólico supuestamente amparador y garante, conjugando lo íntimo y lo éxtimo en un acto performativo cargado de significatividad. No podemos sino movernos en esa zona de cruce, en esa frontera entre lo personal y lo social, entre lo instituido y lo instituyente, por la que las vidas y «locuras privadas» sintonizan o cortocircuitan con el entramado

sociocultural y político de su contexto, a la vez que este condiciona las distintas formas en las que se vive, se disfruta y se sufre.

El punto del sufrimiento y la destructividad es otro de los aspectos a considerar en la discusión. Estoy absolutamente de acuerdo en que, como psicoanalistas, nos ubicamos en las antípodas de la ilusión de no conflicto o de «felicidad», fundamentalmente además cuando estamos hablando de la sexualidad humana, traumática y perturbadora por definición. En este sentido, es inevitable interrogarnos, no solo acerca de los aspectos imaginarios y simbólicos del cuerpo, sino también de su dimensión de real, que podría operar como tope en relación con la ilusión omnipotente que parece subyacer a algunas de estas aspiraciones. Ante ciertas formas extremas de dolor y pasajes al acto destructivos –tales como cortes, mutilaciones, multiplicación de cirugías, intoxicaciones medicamentosas, injertos caseros, infecciones a repetición–, no podemos dejar de preguntarnos si no estamos ante un goce sin amarras, ante la repetición mortífera, allí donde el real del cuerpo se resiste a ser tocado, modificado, sin que se paguen las consecuencias por ello, algunas en relación directa con la locura o la muerte. Por otro lado, tampoco podemos considerar en forma aislada el sufrimiento inherente al periplo personal sin tomar en consideración las variables socioculturales y económicas que están en juego y que llevan a que a la discriminación se unan frecuentemente la pobreza, la inaccesibilidad educacional y laboral, y por tanto, la subalternidad y marginalidad, lo cual lleva a situaciones extremas de dolor y vulnerabilidad.

Sí discrepo directamente con lo que se podría concluir a partir de aquí y hacia lo social, de que la aceptación de la novedad de la transexualidad que no hace énfasis exclusivamente en los montos de sufrimiento y dolor esté atravesada por los efectos de una desmentida colectiva. Que se trate de una locura compartida cuyo extremo supuestamente más delirante es el hecho de que puede tocar también las propias leyes estatales o la gramática, como sucede con el lenguaje inclusivo. Los movimientos LGBT (Lesbianas, Gays, Bisexuales y Transgénero) se indignan con frecuencia ante la «obstinación» con la que psicoanalistas, profesionales de la salud y de otras disciplinas resaltan tan solo el lado penoso del proceso trans porque –y creo que esta es otra muestra del anudamiento entre lo social, lo político y lo personal– a estos movimientos les urge la apertura y el

reconocimiento, la habilitación a la alegría de otros tránsitos y desenlaces posibles. Como cierra Preciado en una entrevista del año pasado: «Lo que realmente me asusta es la forma solapada en la que la apatía se vuelve tal vez la forma más sofisticada de captura neoliberal. [...] La alegría es también una técnica de resistencia» (Bazin, 2020, p. 9).

En su provocador artículo «Transgender dogma is naive and incompatible with Freud», Žižek (30 de mayo de 2019) alerta acerca de la actitud ingenua de algunos postulados LGBT, que parecen realmente creer que si la sexualidad no estuviera distorsionada por el patriarcado o la presión binaria, devendría un espacio feliz de expresión auténtica de los verdaderos *selves*. Y agrega: «si el psicoanálisis nos enseñó algo es que la sexualidad es inmanentemente perversa, atravesada por aspectos sadomasoquistas y juegos de poder, así como que el placer está inextricablemente entrelazado con el dolor» (párr. 1).

Coincido con sus reflexiones, así como en el señalamiento acerca de la ilusión de completud, transformación y autogeneración que parece subyacer a algunas de las aspiraciones trans. También en cómo, paradójicamente en un movimiento hacia las antípodas, algunas formas de transexualidad podrían estar repitiendo en sí mismas un esencialismo propio de los modelos heterosexuales y binarios clásicos, que buscan reencontrar, del otro lado del género, una masculinidad o femineidad totales. Tal como en su momento se dijo con respecto al matrimonio homosexual, que podría haber allí una búsqueda que, irónicamente, replicara los modelos del patriarcado.

Pero -y es un pero enorme- si bien es cierto que una mirada descontextuada podría calificar estos discursos de poco críticos o hasta ingenuos, no hay que olvidar que ellos surgen como movimiento reactivo que apunta a identidades relacionales y no «esenciales», que irrumpe desde lo insoportable de las subalternidades, de los que han sido descartados y tomados como desviación o desecho, desde el «monstruo que nos habla»¹², que es un discurso que se grita desde un lugar activo de oposición militante a las posturas hegemónicas de siglos de patriarcado, falocentrismo

12 En referencia al título del último libro de Paul B. Preciado (2020), que retoma su intervención en las Jornadas N°49 de l'École de la Cause Freudienne, Mujeres en Psicoanálisis, de noviembre de 2019.

y dominación masculina. Entonces, más allá de la dimensión personal y de la neurosis, psicosis o lo que sea, de cada quien, estamos frente a un posicionamiento que siempre es también político (individual o colectivo, pronunciado o silencioso), que quizás partiendo de la imagen y los ropajes imaginarios –que en realidad son los de todas las construcciones de género, incluyendo aquellas de los que se llaman a sí mismos o se hacen llamar *hombre* o *mujer*–, se enfrenta al estado de cosas vigente. Una rebelión que involucra también el lenguaje mismo, no solo como significante, sino como demarcación por la que se vehiculiza un cierto poder, el de la hegemonía masculina patriarcal. Que «las F2M y los M2F (*female to male* y *male to female*), las transgéneras, son “bromas ontológicas”, imposturas orgánicas, mutaciones protésicas, recitaciones subversivas de un código sexual trascendental falso» (Preciado, 2011, pp. 22-23).

Y me permito dudar acerca de que ese rehusamiento implique en todos los casos una renegación de la inclusión en el lenguaje como orden simbólico o una repulsa de las dimensiones pulsionales inconscientes en juego, porque ello supondría la aceptación de que estamos tan solo frente a una expresión *upgrade* de la locura actual, con el consecuente retorno de viejos fantasmas conocidos: el de las posiciones fatalistas y apocalípticas acerca de una subjetividad desfalleciente y psicotizada, trastornada o degenerada, cuyos vaticinios totalizadores afortunadamente insisten una y otra en no confirmarse, por lo menos no en forma global. El terreno de los discursos únicos y sin fisuras es problemático, y el psicoanálisis siempre supuso una apuesta a la fractura, a la hiancia, a los espacios incompletos y en suspenso, aquellos que permiten la circulación de lo no sabido y sostienen el enigma que permite preguntarse y pensar.

Volviendo a la cuestión de la novedad, el punto es que por momentos parece haber un verdadero hiato entre los movimientos y fenómenos contemporáneos de la sexualidad, y la conceptualización teórica psicoanalítica acerca de ellos. Esta última atrasa, y está bien que lo haga porque se maneja con la temporalidad del *après coup*, resignificando *a posteriori* lo que ya sucedió. Y porque necesita de tiempo para reflexionar críticamente lo que la vertiginosidad contemporánea impone en el orden del acto. Sin embargo, ciertas teorizaciones psicoanalíticas no solamente hacen eso, sino que también –ahora sí rápidamente– absorben los golpes de nove-

dad y los suavizan. Incluso a través de planteos sumamente interesantes y que respetan la complejidad de lo que está en juego, caen en el riesgo de aplanar y neutralizar algo del impacto de las novedades bajo el peso de desarrollos teóricos que podrían aplicarse tanto a estos fenómenos como a otros, asfixiando sin esperanza de sobrevivencia la sorpresa y lo que hace de estas situaciones algo inédito y singular. Siempre temerosos de caer en la captura imaginaria del espejismo y los señuelos de lo aparentemente «nuevo» que quizás no lo sea, parece, sin embargo, que los psicoanalistas no tenemos tanto temor de desoír los otros discursos que se están produciendo en torno a la sexualidad o de caer en las trampas que también ofrecen las categorías diagnósticas o las propias metapsicologías.

EL MAPA Y EL TERRITORIO

Retomo una última vez, ya al final de este recorrido, la pregunta del inicio, acerca del porqué de la insistencia actual a propósito de la realidad de este puñado de personas, que lejos por ahora está de ser tan numeroso y que tampoco es representativo de lo que sucede con la mayoría de la gente en cuestiones de género. ¿Por qué esta necesidad de dar palabra y de hacer algo con esto? Mi idea, como ya fui adelantando y a modo de respuesta provisoria, es que su sola aparición en el campo de lo humano formula en forma impactante y violenta una pregunta a todas las disciplinas del conocimiento, en particular al psicoanálisis. Y que, encarnando esta interrogación provocadora, inaugura también una zona de descubrimiento y de revolución, una zona de multiplicación de algún espacio subjetivo de «libertad».

Que desde el momento mismo en el que una persona nacida «varón» puede andar por el mundo como «mujer», y desde que una persona nacida «mujer» puede andar por el mundo como «varón», por más fallida o lograda, médica o performática, completa o siempre inacabada que sea esa transformación, algo ha sido interpelado y se ha inaugurado una zona inaudita de experiencia para lo humano. Que quedan puestos en cuestión y forzados a revisarse todos nuestros desarrollos teórico-clínicos psicoanalíticos acerca de identidad e identificaciones, deseo y castración, locura y cordura, salud y enfermedad, entre otros. Que resulta nuevamente cuestionada la dimensión clásica de Edipo, en tanto narrativa de circulación de deseos-posesiones-

placeres y atribuciones; que quedan impugnadas las categorías psicopatologizadoras de las prácticas sexuales, perversiones y desviaciones, interrogada la articulación de las dimensiones *real*, *imaginario* y *simbólico*. Que por lo menos debería ser revisada la concepción y construcción del narcisismo, lo que está en juego «antes» y junto a las identificaciones, la noción de inconsciente mismo en el interjuego entre seres humanos, los giros culturales del deseo y el goce, no solo desde una sexuación que se creía inmodificable por la vía de hombre y mujer, como especie que se reproduce, sino en los modos de querer un cuerpo u otro, un tipo de piel, los pelos, la voz, los objetos *a*, los rasgos unarios.

Que cuando Preciado habla de ese gesto inaugural y libertario de habitar el mundo como otro, no es esa solamente una experiencia personal. Que es casi una experiencia colectiva o global porque descubre para la especie humana un territorio nuevo, al igual que los exploradores en sus viajes de descubrimiento. El territorio ya estaba allí, por supuesto, no hay hallazgo más que en el simbólico de la modificación del mapa, pero tampoco hay territorio sin mapa. Y una vez que se descubrió/encontró/generó/inventó una zona nueva, ya no hay posibilidad de retorno o anulación. No solo cambió el mapa, que ahora abarca una porción más grande, sino que cambió el territorio mismo. *El mapa es el territorio* –parafraseando la novela de Michel Houellebecq (2010/2011)–, y el territorio no es solamente la diferencia sexual o el género, sino que es la humanidad toda y nuestras formas de pensarla, es nuestra forma de ser y estar en el mundo. A su vez, como toda conquista supone una cierta forma de avasallamiento, queda abierto el interrogante en relación con qué otras formas de disidencia podría estar opacando o invisibilizando el encandilamiento trans. Además, volviendo al gesto individual, cabe también preguntarnos qué costos personales deben pagar estos exploradores del género.

Desde mi punto de vista, creo que algo de este fenómeno no tiene vuelta atrás. Que el cambio de género forma parte ahora de un territorio ampliado en el repertorio de lo que es posible, aunque no necesariamente estemos hablando de «opciones» libres ni de elecciones conscientes, así como tampoco exentas de sufrimiento y dificultades, sino de nuevas formas de habitar el cuerpo y vivir el sexo, sin que ello implique solamente por sí mismo trastorno ni mucho menos degeneración.

Necesito pensar que los psicoanalistas contemporáneos vamos a poder pensar estas situaciones por encima de esas etiquetas porque esa aspiración de libertad con respecto a los prejuicios moralizantes siempre formó parte del espíritu freudiano y psicoanalítico en general. Trans-tornado, vuelto trans, tornado de rebelión. No intento hacer aquí una exaltación romántica de la «locura» trans, sino de inscribirla en la misma serie de locuras de lo humano, junto con nuestras miserias sintomáticas y realizaciones conmovedoras.

Cambiar de sexo no es, como quiere la guardia del antiguo régimen sexual, dar un salto a la psicosis. Pero tampoco es, como pretende la nueva gestión neoliberal de la diferencia sexual, un mero trámite médico-legal que puede completarse durante la pubertad para dar paso a una normalidad absoluta. Un proceso de reasignación de género es cruzar quizás, junto con la raza, la más violenta de las fronteras políticas inventadas por la humanidad (Preciado, 2019, p. 30).

Si es verdad que desde la intimidad de cada encuentro en análisis hay algo de una revolución libertaria que se produce, quizás paradójicamente esta pase sobre todo por la aceptación del límite o, mejor dicho, por la revolución interna que supone aceptar un límite. Pero ya no el límite que la jerarquía sexual, social, médica o política quiere imponer. No el límite de un género que tampoco es la sexualidad, no el límite de la diferencia sexual, sino el límite del encuentro personal e intransferible con algo del orden de la castración, del no todo y de la condición mortal. Y no creo que la condición trans suponga la abolición de ellos *per se*. Creo más bien que eso se jugará en forma diferente en cada situación, en la que también serán diferentes las restricciones y frustraciones, los sufrimientos y dolores que le harán de tope a la ilusión de omnipotencia y completud.

Límites liberadores que suponen también la potencia de lo que se está jugando ahora, de lo que depende de uno, sin garantes últimos, en la pequeña porción de libertad de la que disponemos, que es la de hacer de nuestras vidas un relato de autor. ♦

RESUMEN

El trabajo se propone reflexionar sobre la cuestión del género, la sexualidad y la transexualidad. Parte para ello de algunas situaciones reales de consultas clínicas o experiencias de vida, para detenerse sobre el impacto que esta situación genera en el contexto actual, en el que, además, se suman los tratamientos médicos y quirúrgicos que posibilitan la modificación efectiva de los cuerpos mediante la hormonización y diversas cirugías.

Se intenta trazar algunas líneas para pensar este tema desde perspectivas psicoanalíticas, buscando apartarse de lecturas psicopatologizadoras e integrando aspectos sociales y culturales de nuestra contemporaneidad.

Se insiste en la necesidad de no perder la capacidad de impacto frente al carácter novedoso del cambio de género e identidad sexual, que se presenta como pregunta que interpela al psicoanálisis todo, poniendo en tensión las conceptualizaciones clásicas acerca de sexuación, diferencia de sexos y castración.

Descriptor: IDENTIDAD SEXUAL / SEXO / GÉNERO / DIFERENCIA DE LOS SEXOS / TRANSEXUALISMO / CUERPO / CASTRACIÓN / CULTURA / SUBJETIVIDAD

SUMMARY

The paper intends to reflect on the issue of gender, sexuality and transsexuality. It works over some real clinic consultations and life experiences. It stops at the impact that this issue generates in the current context, in which the medical and surgical treatments make possible to modify the bodies with hormones therapies and multiple surgeries.

The work also tries to draw some lines to think about this from psychoanalytic perspectives, seeking to get away from psychopathological readings and integrating social and cultural aspects of our contemporaneity.

It insists in not to lose the impact on the novelty of gender change, because the transsexuality is presented as a question to the all psychoanalysis, questioning the classic conceptualizations about sexuaction, sex difference and castration.

Keywords: IDENTITY SEXUAL / SEX / GENDER / TRANSSEXUALISM / BODY / CASTRATION / CULTURE / SUBJECTIVITY

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allouch, J. (1999). Acoger los gays and lesbian studies. *Litoral*, 27, 171-183.
- Bazin, A. (2020). Entrevista a Paul B. Preciado: «La alegría es una técnica de resistencia. *Nácate*. Disponible en: <http://www.revistanacate.com/wp-content/uploads/2020/07/Paul-B.-Preciado.pdf>
- Bleichmar, S. (2006). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2001). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.
- Campanans, L. (2019). Sexualidad y diferencia. *Calibán*, 17(1), 51-66.
- De Lauretis, T. (2011). Sexualité: Biopouvoir ou Trieb? *Cahier de L'Herne*, 95, 364-371.
- Discovery Home & Health [Discovery Home & Health] (10 de marzo de 2019). *Consejos de chicas que pasaron por la cirugía de reasignación de sexo / Soy Jazz / TLC Latinoamérica*. [archivo de video]. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=yTCWVXYJZ44>
- Foucault, M. (2001). Le vrai sexe. En M. Foucault, *Dits et écrits 2: 1976-1988*. París: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1980).
- Freud, S. (1992a). El porvenir de una ilusión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21, pp. 1-55). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1927).
- Freud, S. (1992b). La organización genital infantil. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19, pp. 141-149). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (s. f.). Teorías sexuales infantiles. *Biblioteca Virtual Universal*. Disponible en: <https://www.biblioteca.org.ar/libros/211796.pdf> (Trabajo original publicado en 1908).
- Gil, D. (2012). Elogio de la diferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 115, 15-45.
- Haraway, D. J. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinvención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Houellebecq, M. (2011). *El mapa y el territorio*. Barcelona: Anagrama. (Trabajo original publicado en 2010).
- Lacan, J. (1999). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1964).
- Lacan, J. (s. f.). Clase 11. En J. Lacan, *Seminario 21: Los no engañados erran (Los nombres del padre)*. Disponible en: <https://www.psicoanalisis.org/lacan/21/11.htm> (Trabajo original publicado en 1974).
- Laplanche, J. (2006). El género, el sexo, lo sexual. *Alter*, 2. Disponible en: <https://revista-alter.bthemattic.com/files/2014/11/2.-El-g%C3%A9nero-el-sexo-lo-sexual-v.-ALTER.pdf> (Trabajo original publicado en 2003).
- Mirza Labraga, N. (2016). *Gender queer* o el género de lo que no se sabe. *Calibán*, 14(2), 30-39.
- Preciado, P. B. (2011). *Manifiesto contrasexual*. Barcelona: Anagrama.
- Preciado, P. B. (2019). *Un apartamento en Urano*. Barcelona: Anagrama.
- Preciado, P. B. (2020). *Yo soy el monstruo que os habla: Informe para una academia de psicoanalistas*. Barcelona: Anagrama.
- Soler, C. [Universidad CES] (14 de abril de 2018). *Conferencia subversión sexual Colette Soler - Psicoanálisis - Universidad CES*. [archivo de video]. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=y06K8EISbGM>
- Tin, L.-G. (2012). *La invención de la cultura heterosexual*. Buenos Aires: El cuenco de plata.

Transexualidad (10 de mayo de 2021). *Wikipedia*.
Disponible en: <https://es.wikipedia.org/wiki/Transexualidad>

Yuste, J. (2019). Lukas Dhont: «No me da miedo la homofobia, se puede combatir». *El Cultural*.
Disponible en: <https://elcultural.com/Lukas-Dhont-No-me-da-miedo-la-homofobia-se-puede-combatir>

Žižek, S. (30 de mayo de 2019). Transgender dogma is naive and incompatible with Freud. *Health Spectator*. Disponible en: <https://web.archive.org/web/20190530102449/https://health.spectator.co.uk/transgender-dogma-is-naive-and-incompatible-with-freud/>